

los que efectivamente asombran a veces como experimentados saltimbanquis, pero que en el momento en que acaban con sus cabriolas, jadeantes, son olvidados por el hombre serio, que se para a mirar y que pasa de largo. Todo esto es francés, especialmente nacido de las exclusivas condiciones de París, y no veo nada en ello que tenga que admirar o imitar un honesto bárbaro que viva en la parte de acá de los Pirineos. Y de todos estos novelistas, quizás aquellos que pudiéramos imitar con mayor utilidad, son los muy simpáticos y estimables Verne y Boisgobey, que al menos, con sus viajes y sus intrigas, son un encanto providencial para los niños y los convalecientes.

En la poesía francesa, tan admirada entre nosotros, la decadencia es aún más grande. Los franceses nunca han sido poetas, y la expresión natural del genio francés es la prosa. Sin una profunda, religiosa, ardiente emoción, no hay poesía; y Francia no se conmueve, permanece siempre en un razonable equilibrio de sentimiento y de razón, que enseñorea su clara inteligencia. Los clásicos de la poesía francesa, Mathurin Regnier, Boileau, La Fontaine, son precisamente los hombres sensatos, de fría crítica, de honesta moral. En Francia, los buenos conocedores de la poesía admiran sobre todo a los poetas cuando éstos tienen en alto concepto esas cualidades superiores, que son, en realidad, cualidades de la prosa. La majestuosa limpidez de Racine, la gracia sutil de La Fontaine, serán el eterno encanto de Francia. Víctor Hugo, con su violento vuelo lírico, con el esplendor de su verbo, obtuvo la admiración, pero nunca obtuvo la estima literaria de Francia. Y los poetas más estimados hoy en Francia lo son todavía por cualidades que pertenecen a la prosa: Coppée, por su espontaneidad clara y concisa; Leconte de Lisle, por su magnificencia lapidaria. La poesía francesa son prosa en alejandrinos. Baudelaire escribía primero en prosa sus poemas.

Francia nunca ha tenido un solo poeta comparable a los poetas ingleses, a Burns, a Shelley, a Byron, a Keats, hombres de emoción y de pasión, tan poéticos como sus poemas; pero hoy ¿qué poeta hay en Francia que pueda ponerse al lado de Tennyson, de Browning, de Rossetti, de Mathew Arnold, de Edwin Arnold, de Austin, etcétera? Un solo poeta francés poseyó la emoción: Musset. Colocado en el centro del romanticismo, agitado por vastas corrientes de emoción, que procedían de Inglaterra y de Alemania, dotado de una exaltación natural, apasionado, ardiente, inspirado, este singular francés sufrió y cantó como sufrió; y sin dejar de ser francés, fue profundamente humano. Pero la Francia culta, literaria, se negó durante mucho tiempo a ver en

él a un gran poeta. Dice Pablo de Musset, que, cuando aparecieron en *La Revista de Dos Mundos* las *Estancias a la Malibran* y *Las noches*, los auténticos hombres cultos permanecieron fríos. Pero como en aquella poesía había, expresadas con sinceridad, cosas que son eternas (la juventud, el amor, la voluptuosidad, el dolor), Francia, poco a poco, se sintió atraída por aquel canto vivo y doloroso. La simpatía de las mujeres venció la resistencia de los críticos. Musset es hoy, oficialmente, un gran poeta, pero no ha llegado a ser un clásico. Y Francia mantiene ante él una reserva, que es una mezcla de amor y desdén, lo rechaza y lo ama, y siente que posee en aquel hombre, que Europa tanto le aclama, a un poeta que es al mismo tiempo mediocre e inmortal.

Además, la inteligencia y la poesía raramente van juntas. Sólo conozco a un hombre, una excepción, en el que el sumo genio poético se alía con la suma razón filosófica. Se trata de nuestro Antero de Quental. En sus *Sonetos*, expresa eso tan raro y tan extraño que es el dolor de una inteligencia. Es una gran razón que se debate, que sufre, y que formula los gritos de su sufrimiento, sus crisis, su agonía filosófica, con un ritmo espontáneo, de la más sublime belleza poética; cada soneto es el resumen poético de una agonía filosófica. Por ello Alemania se lanzó sobre este libro de sonetos (que Portugal no ha leído) y los tradujo, los comentó, los fijó religiosamente en su literatura, como algo raro y sin precedentes, como una perla excepcional de extraño origen, única en el gran tesoro de la Poesía Universal. Pero en Francia no hay estas cosas. Su clara inteligencia le ha vedado los triunfos poéticos. Después de la pasajera emoción de Musset, Francia recayó más que nunca en la poesía que se admira porque tiene las cualidades de la prosa.

Y esto, naturalmente, debía conducir y condujo, en un momento en que toda la literatura decae, y en el que todas las emociones se desvanecen, y el espíritu crítico se embota por momentos... debía conducir y condujo a la banalidad o a la extravagancia. Pero si la porción de banalidad es grande en la novela; los poetas, que están naturalmente más lejos del gran público, se han visto forzados a llamar la atención con más violencia, y, en un ansia de originalidad y de novedad, se han precipitado en masa hacia la extravagancia. De ahí proceden todos esos movimientos como el satanismo que acabó en otro, llamado, Dios me perdone, ¡el nerviosismo! Pero ahí aún existía el deseo, en el fondo intelectual, de provocar un estremecimiento, un nuevo estremecimiento del alma.

Al final, cualquier intención intelectual fue puesta al margen y quedó sólo la preocupación meticulosa, exquisita, por la forma; por una

forma que tuviera la máxima originalidad con el máximo relieve. El sentir fue sustituido por el cincelar; y una estrofa, un soneto, fueron trabajados con las labores, con los pulidos, con los retorcimientos, los engastes, los fulgores de un broche de filigrana, y mantuvieron sólo, como la filigrana, un valor de acabado agradable a la vista, pero que deja indiferente al espíritu. Estos hombres se llamaron a sí mismos los parnasianos y, entre nosotros los meridionales, que amamos la artesanía y el acabado, el brillo, el lujo de la forma, ejercieron una devastadora influencia. A ellos se debe ese estilo delirante, que en Portugal, en estos últimos años, han convertido la poesía en algo cómico y grotesco.

Pero incluso en Francia, su influencia, o mejor dicho su contagio, no fue menos lamentable. No hay nada más tiránico que la moda en las formas: la bota puntiaguda, si está de moda, se impone irresistiblemente a los espíritus más profundos; y la cabeza de artista donde brillen las ideas del más puro gusto, o donde circulen los más profundos sistemas, se somete resignadamente a los sombreros que decreta en Londres *The Journal of Fashion*. A nadie le gusta aparecer por la calle peor atildado que su conciudadano, tanto en la chaqueta como en el estilo. De este modo, venerables poetas franceses, ya entrados en los días de la vejez, han caído en el parnasianismo. Hasta Autran y Laprade le dieron una capa de esmalte nuevo, con los colores de moda, a sus severos y sustanciosos alejandrinos. Y hemos visto al bardo Banville, el amable y fecundo bardo que desde 1830 cantaba *de omni re scibile*²⁸ en una lira fácil y profusa, bajar al *Boulevard* y asombrar a la multitud, más fecundo y amable que nunca, con ritmos y rimas tan abigarrados, tan descoyuntados, que no se sabía bien si lo que cabrioleaba y relucía en el papel, eran los versos de un poeta o las bolas de un prestidigitador.

Pero esos tiempos de los parnasianos eran sin embargo buenos tiempos. Hoy, cuando los poetas aclamados después de la generación de Hugo, de Lamartine, de Gautier: los Prudhomme, los Lisle y otros, han entrado en la Academia y en el silencio, y cuando su saludable influencia se ha ido enfriando como un sol que declina, rompió con el crepúsculo una inmensa, desenfrenada orgía en el Parnaso francés. Tan desenfrenada, que las personas tímidas y honestas no se arriesgan a acercarse y, como en los tiempos de Baco, los hombres graves se detienen aterrados en la llanura y contemplan desde lejos, sin atreverse a mirar de cerca, el paso de los cirios y los gritos de los coribantes que

²⁸ *De todo lo que se puede saber.*

llenan de desorden, de zumba y de escándalo, la espesura del bosque sagrado.

Al menos yo, educado con Musset y con Hugo, no oso aproximarme a esos coribantes y a sus libros. Nunca he abierto uno de esos libros amarillos, dentro de los cuales se ensartan estrofas con algarabías y gritos intolerables. Sólo sé que esos jóvenes se llaman a sí mismos, con una sublime sinceridad, los *decadentes*, los *incoherentes*, los *alucinados*. Tienen sus *coterias* –sus colegios sacerdotales como quien dice–, celebran en común sus ritos, y, como todos los colegios sacerdotales, redactan sus anales, en cuadernillos que se llaman *Diario de los Incoherentes*, *Revista de los Alucinados*... Como se muestran celosos de sus prerrogativas y detestan a las cofradías rivales, todo el tiempo en que no deshonran el monte Olimpo, con descomunales orgías de ritmo, se lo pasan, como los gramáticos del Bajo Imperio, discutiendo sobre méritos y preeminencias relativos a su escuela. De este modo, algunos poetas declaraban en todos los periódicos que Fulano de Tal, poeta, no era de ninguna manera el jefe de los incoherentes, y que el ilustre jefe de los incoherentes, el hombre inspirado y supremo, que resumía en sí toda la incoherencia, era Verlaine, sólo Verlaine, y ningún otro. Y Verlaine, sin disputa, conserva la corona de la incoherencia.

Hay que decir, sin embargo, que aquí hay talento. Incluso mucho talento, una maravillosa destreza en el oficio, una soltura de mano que sorprende, una técnica de la rima, una abundancia de colorido, un arte del detalle que maravilla. Sólo que entre estos millares de versos admirables no hay ni un solo verso poético. Estos poetas no tienen poesía, y, entre tanto talento, no se encuentra una sola alma.

Traducción: Raquel Aguilera y Javier Coca